

REVISTA DE TEATROS,

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 239

MADRID 2 DE SETIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



ABUL-HACEM.

II. EL PACTO.

Entregada á su dolor la desventurada Eleonora, no apartaba sus miradas del camino de Sangüesa. Allá como dibujadas en las nubes, le parecía ver de cuando en cuando las altas torres del castillo feudal de su mayores; creía oír el agudo son de los clarines, el relinchar de los corceles y esperaba por instantes la llegada de su libertadores. Pero ni un grito de alarma en el campo moro, ninguna señal de la proximidad de un peligro.... Lumbier estaba tranquilo.

Dos esclavas moras la acompañaban en la suntuosa habitación que Abul-Hacem le había destinado. ¡Infelices! poco tienen que sufrir de los caprichos de su nueva señora. La hija de Rodrigo solo anhela volar á su fortaleza querida: á la fortaleza dentro de la cual su pundonoroso padre, desesperado tal vez, sucumbe al dolor, y en donde el intrépido Alfonso, el amado de su corazón, ausente aquella fatal noche de su desgracia, llorará, cuando vuelva de una arriesgada expedición, la forzosa ausencia, acaso eterna, que los separa.

Al rededor de la plaza de Lumbier la soldadesca mora ha levantado barreras, formando un ancho circo, donde sus gallardos capitanes deben solemnizar las bodas del afortunado Abul-Hacem, lidiando cinco toros, los mas bravos que crian los pastos de Tudela. Braman ya las fieras encerradas hiriendo con recias embestidas las puertas del toril; tremolan las torres de la ville vistosos gallardetes y estandartes rojos, sembrados de estrellas y medias lunas blancas; el roncón de los atabales y añafles, trompetas y chirimías, atruena el campamento. Abdallá seguido de cien caudillos, flor y nata de la caballería sarracena, ocupa los estrados del palacio en que Eleonora lamenta su desdicha. Eleonora no ha visto los preparativos de la fiesta, porque solo ve á Sangüesa; no ha oído hablar de la famosa corrida, porque solo oye resonar en su corazón.... Sangüesa; ni imagina que va á unirse con un detestado moro, porque solo piensa en Sangüesa, en su padre y en su amante.

Abrese de repente la puerta de la estancia y se presenta Abul-Hacem ricamente ataviado. Cubre sus hombros y arrastra airoosamente por el suelo magnífico manto de grana recamado de oro y rubies con pieles de armiño finísimo; sobre el turbante de gasa y sedas brillan mil diamantes, la media luna de oro orna su frente, y cuelga el costado del guerrero pendiente de preciosa cadenilla el damasquino alfanje.

Ven, hermosa nazarena, incomparable *huri*, ven á gozar de mi triunfo, dijo á la triste doncella; no eres desde hoy esclava, sino la favorita entre mis esposas. Dentro de ocho dias parto á Granada, adonde me llaman el honor y la fortuna: ¡qué ventura si tú me acompañas! Allí tendrás un palacio mas grande que toda esta villa, y cien esclavas que adivinen el menor de tus gustos; jardines y cascadas para tu solaz, oro y pedrería para tu adorno, carrozas de marfil para pasearlas aromáticas riberas del Darro y del Genil.... todo esto te sobrá, y si mis parciales son fieles, dentro de un mes serás mi Sultana y yo.... el rey de Granada.

Eleonora nada le respondió: preñados de lágrimas dirigió sus ojos á la llanura y suspiró imperceptiblemente.... *No vienen!*

Todo está dispuesto prosiguió Abul-Hacem; el motin debe empezar despues de mi llegada y.... ¡desgraciados si me venden! Pero antes debo engañar á Abdallá sobre mis proyectos, y le he ofrecido que dentro de tres dias será señor de Sangüesa.

Moro, eso es mucho ofrecer, dijo una voz detrás del guerrero. Sobresaltóse este, y al volverse para conocer al atrevido que así le hablaba, se encontró en frente de un anciano respetable, cuya blanca barba y largo ropaje le harían tener en nuestra época por un misionero capuchino.

¿Quién eres? le preguntó, echando mano al alfanje.

— Leo en los astros el destino de los hombres, y vengo á predecirte el tuyo.

Á estas palabras el moro llevó ambas manos á la frente en señal de veneración.

— Á la noche me encontrarás, dijo en seguida, á la entrada de la primera tienda del campamento; ahora no puedo escucharte, porque es preciso que acompañe á esta cristiana; que mañana será mi esposa, á la fiesta preparada en mi obsequio....

— ¿Cuál es la muger que será tu esposa mañana, ó oro? le interrumpió con ira el adivino.

— Esta hermosa cristiana.

— Mientes con solo imaginarlo; ni mañana, ni nunca.

Y diciendo y haciendo quitóse la barba postiza y la túnica y ropón que le cubría.

Abul-Hacem retrocedió dos pasos.... Eleonora lo reconoce, grita: ¡Alfonso! y cae en sus brazos desmayada de placer.

— Alfonso! repitió el sarraceno: el enemigo implacable de mis huestes! el que inmoló á mi hermano Aliatar....!

— Si, el mismo; y añade á tan gloriosos títulos el rival tuyo, respondió el cristiano.

— Por Alá! si empuñaras un acero!

— ¿Eres capaz de cumplir un pacto?

— Todos los que haga.

— Pues bien. Jura que esta noche á las doce te hallaré acompañado solamente de Eleonora á una milla de Lumbier en el camino de Sangüesa. Nuestros aceros probarán que somos valientes, y la muerte de uno de los dos decidirá la contienda, y dará al otro la posesion de la belleza que aderamós.

— Cristiano, acepto el desafio: me hallarás sin falta.

— Nada mas deseo, toma tu cautiva, y pues la amas, no necesito recomendarla á tu honor.

Abul-Hacem recibió á Eleonora, todavía desmayada, de los brazos de Alfonso. Este se vistió con sosiego el ropón, se ajustó la barba y besando con ardor la mano de su amada se encaminó á la puerta. Antes de salir dijo á su rival.

— A una milla; no lo olvides.

— A las doce de la noche, replicó este.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

LA ÓPERA Y EL SERMON. — CASADA, VIRGEN Y MARTIR.

Mucho se equivoca quien crea que en Madrid pueden sostenerse tres teatros, siendo tan escaso el número de personas que en la corte de las Españas gasta su dinero en diversiones de esta especie. Bien lo conocen así las empresas, y por eso sortean las noches en que deben dar funciones nuevas como barco que navega entre dos escollos. No es la empresa de la Cruz la menos hábil en esta maniobra; y no hace sino lo que debe alternando en la triple competencia, siempre que la toca, y supliendo en lo general la falta de escogidos artistas con la buena eleccion de las producciones originales y traducidas que pone en escena.

Despues que *La Favorita*, con su excelente música de Donizetti, cubrió en algun modo el defecto de mal reparto de papeles, y despues de que los actores del Príncipe sacaron airoso con sus esfuerzos al *Mal Padre*, obtuvo la Cruz numerosa concurrencia en la noche del lunes último para la representacion de *La ópera y el sermón*, traducida por el señor García Gutierrez, y de *Casada, virgen y mártir*, original de los señores Rubí y Asquer no.

No es *La ópera y el sermón* comedia que encierre en sí ningun mérito literario, ni su autor se propuso al escribirla otra idea que la de proporcionar al célebre Bouffé una nueva ocasion de lucir en las tablas su flexible y clásico talentos cómico. Todo el plan de esta comedia se re-

duce à presentar en escena à un moralista, llamado Claudio, enemigo acérrimo de los cómicos, à quien anatematiza en uno de sus sermones, que predica otro abate: à ponerle despues en el caso de ensayar una ópera, cuyo libreto es suyo; y no solo de ensayarla, sino de terminar la representacion de uno de sus papeles (por no comprometer el éxito), habiéndose roto una pierna el actor que lo hacia, cuando solo le faltaba saltar un balcon y atravesar el teatro. Entonces sale triunfante y recibe el nombramiento de bibliotecario, que el rey le envia en recompensa del sermón que habia oido aquella tarde en la capilla de San Eustaquio, y de la ópera à que habia asistido aquella noche. Tambien nombra el monarca director de su capilla à Alberto, amigo de Claudio, quien con la mejor intencion del mundo hizo pasar al pobre abate por trances tan duros é inesperados.

Aunque solo conociésemos del repertorio francés esta comedia, (lo cual no seria poca fortuna, pues tendria mas medro nuestra literatura dramática) nos bastaria para conocer el gusto de los parisenses: perdonan toda clase de inverosimilitudes siempre que à beneficio de ellas observen à un personaje escitando la risa por las situaciones cómicas en que se ve colocado; situaciones del todo naturales una vez admitida la base de donde brotan. Algo mas exigente es nuestro público, y consiste à mi ver en que en Paris puede escribirse un papel difícil con la seguridad de que hay actores que superarán todas las dificultades, y en Madrid, con muy pocas excepciones, seria preciso formar un actor para cada papel de alguna importancia. Esto nos trae como por la mano à hablar de la ejecucion de *La ópera y el sermón*. Si todas las actrices hubieran estado al nivel de la Juanita Perez, y todos los actores al del señor Lombía, la comedia hubiera estado medianamente ejecutada, así como está bien traducida.

Casada, virgen y mártir es la única comedia del género andaluz que ha estado à pique de zozobrar en nuestros teatros. Para optar al premio de los juegos florales de 1841 en el Liceo de Madrid, presentó el distinguido artista Esquivel un excelente cuadro en que se veia à un hombre agobiado de remordimientos, oprimido bajo el peso de sus deuitos, y próximo à sucumbir ante las memorias de su criminal existencia. Recordamos que en la esposicion de la Academia de nobles artes de San Fernando llamó la atencion el lienzo de Esquivel, y al acercarse à su pintura todos llenos de horror y crispados los nervios retrocedian (*reculaban* diria el traductor de Aristófanes en el folletín de la Gaceta). Tal fué el personaje que eligió el señor Rubí para su comedia, que debia reasumirse en la situacion que representaba el cuadro. El mal éxito de su tentativa le habia enseñado que no todos los asuntos que llaman la atencion en una galeria de pinturas alcanzan igual fortuna en un teatro, aun cuando produzcan los mismos efectos; y que à un personaje de la plebe no le cuadra la entonacion trágica sino en son de parodia. Así es que la comedia de *Casada, virgen y mártir* lleva en sí misma el gérmen de su desgracia: para colmo de ella el señor Lumbreras hizo el Otelo en mal andaluz: sin duda le parece à este actor, apreciable en otros papeles, que solo con *cecear* imita à los majos del mediodía, así como creen algunos que con poner *u* donde hay *o* hablan ni mas ni menos que un paisano de don Andrés García Camba. De la señora Flores solo diremos que segun se explica en andaluz debe ser discipula del señor Lumbreras.

El grabado que hoy damos à nuestros suscritores representa una escena conyugal asaz curiosa, que ningun profano puede profanar con su preseucia. El calor es insufrible en las noches de verano y ¿qué buena esposa se acuesta sin dar caza à los importunos vichos, cuyos mordidas ha sufrido con paciencia y por el bien parecer durante el dia. En cuanto al esposo, ya está acostumbrado à las inspiraciones de la consorte. Dios les conceda una noche santa y feliz.

INFLUENCIA

DE LA MUSICA EN LAS COSTUMBRES.

(Conclusion.)

La espada de la justicia hiere de tarde en tar-

de, la sociedad se enriquece de miembros útiles y las familias alcanzan à su abrigo paz y ventura. Aquel, à quien su mala suerte, un accidente, tal vez un crimen, ha privado de la razon; el insensato, el maniaco, el furioso ceden generalmente à la irresistible influencia de la música. Muchas veces se ha practicado esta esperiencia y casi siempre ha producido los mas satisfactorios resultados, contribuyendo no pocas para devolver al seno de unos padres desconsolados el hijo infeliz separado de ellos por un momento de aberracion.

No hay necesidad de remontarnos à los primitivos tiempos en que se oraba cantando para reconocer en la música una superioridad asombrosa sobre todas las lenguas: entonces era mas pobre que nunca, pues los sonidos que formaban los martillos de la herreria de *Tubal-Cain* pocas ideas profundas podian inspirar à *Jubal* acerca de la armonia, y solo despues que el benedictino *Guy de Arecio* enriqueció el arte, se pudo vislumbrar en medio de la ignorancia de aquellos siglos llamados bárbaros, à pesar de los descubrimientos que nos legaron, que la música llevada à un punto de perfeccion cual hoy tiene, recorrería tanto espacio de mundo como la ambicion del hombre. ¿Y qué? ¿no es la música el idioma universal? ¿No realiza la grande idea de la comunicacion directa entre todos los seres dotados de razon? Los signos con que se explica, sus gradaciones, sus combinaciones sin limites ¿no son comunes al ruso y al americano, al italiano y al dinamarqués? ¿Se tendrá pues como cosa extraña que ejerza sobre las costumbres un influjo tan inmediato, tan sensible? No. Todos nos conmovemos cuando una banda militar toca sus marchas guerreras: ancianos, jóvenes, niños: parecen animados de un ardor sobrenatural, quisieran volar al combate: ¿qué mayor prueba del dominio de la música sobre nuestros sentidos? Nadie negará que en las mas penosas tareas del hombre se anima à sí mismo talareando una cancion, silbando un romance popular que le presta fuerzas, le hace emprender su trabajo con alegria y concluirlo sin fastidio ni cansancio. Tal es la fuerza moral de la música que nos hace sobrellevar con resignacion las fatigas, el hambre, la miseria y la pérdida de cuanto amamos: nos consuela en la adversidad, suaviza nuestros males, cicatriza nuestras mas hondas heridas, es en fin, la compañera benéfica del hombre, la que siempre vierte en su corazon alegria ó consuelo.

Se ha dicho que hasta los animales son sensibles al poder de la melodia: cuestion es esta muy delicada y no basta para resolverla una esperiencia continua. No es imposible hallar dos individuos de una misma familia que presenten tocante à la música enormes diferencias, uno de ellos, cuyos órganos reciban sensaciones de placer al escuchar las estropeadas imitaciones que hace un órgano de tal cual *spartito* de Bellini, y el otro, que huya à ocultar sus orejas en la cueva de *Taganana*, porque no las tiene formadas para percibir toda la delicadeza de los *pianos*, toda la riqueza de los *fortes*, con que una bien dirigida orquesta ejecuta los trozos mas admirables del mismo autor. Desengañémonos; los animales que se manifiestan dóciles, complacientes, bulliciosos, cuando oyen sonidos musicales, no hacen mas que oír sencillamente, sin relacion à nada, sin sentir mas que lo que se siente al escucharse un ruido agradable; lo mismo es para ellos un vals que una danza, y una danza que una obertura. El hombre.... qué diferencia! dotado de razon, piensa, tiene ideas y siente con relacion à ellas lo que sus delicados oidos diferencian con admirable precision.

Los ingleses pagan generosamente à los extranjeros sus talentos músicos; diganlo *Lablache* y la malograda *Malibran Garcia de Beriot*, pero son poco à propósito para sobresalir en un arte que requiere mucha sensibilidad, animacion y gracia. A la falta de estas cualidades en la generalidad de los naturales de la Gran Bretaña atribuimos su escasez de buenos profesores líricos.

Los naturales de la Isla de Cuba eminentemente dotados de las disposiciones que requiere el difícil estudio de la música, no podian menos de sobresalir en él; y con efecto, debe decirse imparcialmente que en pocas partes saca un maestro en menos tiempo discípulos tan aprovechados. A la Habana acuden muchos profesores de mérito, tanto nacionales como extranjeros,

que difunden en ella su escogido gusto y variados conocimientos; si à esto añadimos las ventajas que puede producir su teatro lírico en el cual brillan artistas de nombre, no dudamos que cada dia se generalice mas entre las bellas cubanas la aficion à ese *Proteo* seductor, que tan bien sienta à sus atractivos y contribuye en ellas poderosamente para cimentar en sus adoradores amor, virtud y felicidad.

POESIA ANDALUZA.

EL ¡NO!

Hay cosa mas resalada
Que ver con su tono y con
Aquel tan dulce meneo
A una andaluza ilusion,
A una bella de esas bellas
Por quienes se siente ardor
Cuando en las venas circula
El riquísimo licor?
—Vaya Vd. con Dios, hermosa,
Ea, váyase con Dios,
Y dígame Vd. si quiera....
—Digo, no oye Vd. que no?

Por cerca de la caleta
Como quien va al pabellon,
Un pie tras del otro fue,
Pero trezados los dos
Iba una noche de prisa
A poco de puesto el sol
Una andaluza morena
Fijo en la peina el manton,
Y un chusco al momentol «Ola!
Venga, salero!» esclamó;
Mas dijo volviendo el rostro,
Digo, no oye Vd. que no?

Por media vara de coco
De ese trage de color
Diera yo toda mi vida
Un dia, un mes, qué se yo?
—Vamos, acérquese Vd.
—Se que Vd. callar, pendon
—Una mirada si quiera
—Sí, perdone Vd. por Dios,
—Venga Vd. patrona mia;
Viva ese garbo español
Y ella firme contestaba:
—Digo, no oye Vd. que no?

Mas con estas y con las otras
En una tienda se entró,
Y él, que iba detras de ella,
Tambien coló de rondon.
—Tome usted una chiquita.
—Usted se empeña?... pues no.
—Qué malo es usted, compadre.
—Vaya otra y serán dos.
—Canastol viva lo bueno!
Si me dá una tentacion!
—Hermano, éstese usted quieto;
Digo, no oye usted que no?

Ya están cerca de una mesa
Colocada en un rincón,
Adonde llegan muy turbios
Los destellos de un farol.
El le pice y ella niega:
En qué pára la funcion?
Es blanco ó es colorado?
—Sobre que ya siento yo...
—Qué siente usted, borrachera?
—Cuántas luces hay? son dos?
Conque al fin.... si la candela....
Ya le he dicho à usted que no.

M. MAZA Y PEDRUEZA.

TEATROS.

CRUZ Y PRINCIPE.

No hay funcion.

CIRCO.

A las ocho de la noche.

MARINO FALIERO.

IMPRESA DE BOIX.